

Próximo número:

la preciosa exclusiva

Metro-Goldwyn Corporation

Honrarás a tu padre

Creación de los grandes artistas

Patsy Ruth Miller

Claude Gillingwater

Cullen Landis, etc.

Asunto muy sentimental

Postal-fotografía-regalo.

Victor Varconi

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles

Precio: 25 cts.

1. VALLSAGUER MORENA.—TOPETE, 16.—TARRAGONA.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 165

50 cts.



CORAZONES
ERRANTES

POR
NORMA TALMADGE
y EUGENE O'BRIEN

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca

de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

Nº 165

CORAZONES ERRANTES

Comedia dramática de ROBERT HICHENS,
adaptada a la pantalla por
FRAMES MARION

Sublime interpretación de
NORMA TALMADGE

secundada por el simpático artista
EUGENE O'BRIEN

EXCLUSIVAS
GAUMONT



Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ESTELLE TAYLOR



Corazones errantes

Argumento de la película de dicho título

El Matrimonio

Antes de empezar nuestra historia debemos hacer observar que en Inglaterra, lugar de la acción, la Iglesia protestante permite el matrimonio normal entre sus sacerdotes (pastores).

El Divorcio

El divorcio existe en varios países, pero en todos ellos, contra la creencia general, es siempre considerado como un estigma que cae sobre aquellos que lo efectúan, a menos que las causas que lo motivaron sean realmente poderosas.

En Bombay, la ciudad india, donde, a pesar del sol de fuego que lo quema todo, conservan los hijos de Inglaterra su rígida etiqueta británica, tenía la representación de su Gobierno, el alto diplomático sir Ricardo Carlyle, un hombre sin escrúpulos siempre que trató de satisfacer sus ambiciones políticas o sus deseos personales.

Alto, de rostro enjuto y severo, porte distinguido y carácter frío, y algo viejo y gastado, tal era sir Ricardo.

En contraposición a todo ello, lady Adriana Carlyle, la esposa del diplomático, hija de un aristócrata también inglés a quien arruinaron desgraciadas especulaciones, y que accedió a unir su primavera al otoño de sir Ricardo, para salvar a su padre, era el prototipo de la mujer bella, amable, fina, aristocrática, de esa clase de mujeres que cautivan con sus cálidas miradas, y a las que se siente uno llevado por el deseo de acariciar su piel... frolar sus ojos con nuestro hábito... y hasta besar sus purísimos labios.

Entre los miembros de la selecta colonia inglesa, algunas veces se pronunciaban los nombres de sir Ricardo y su esposa, para comparar a ésta con aquél, y todos eran a con-

venir en que la hermosa lady Adriana era digna de mejor suerte.

—Ella no le ama...; no es posible que lo pueda amar—opinaba alguno.

—Eso no lo podría afirmar nadie—decía algún otro—, pues esa admirable dama no lo ha demostrado jamás públicamente... y tal vez tampoco en su casa. Porque lady Adriana no es como la legión de mujeres que no saben sufrir y esperar. Nuestra heroína es una mujer completa. Sabe que se casó sin amor, y se resigna a vivir sin amor, respetando a su marido como buena esposa y cuidando del hogar como hábil ama.

—Bien orgulloso, puede estar sir Ricardo de poseer esa joya.

—¡Quién lo duda! La lástima es que no ha sabido nunca apreciarla bastante. Me refiero a su conducta con ella. Se echa de ver que hay en él mucha indiferencia para todo lo que se refiera a ella. En cambio, para las otras...

—De modo que...

—Son secretos de estado, amigo. Los secretos de cada mortal con buena cartera... y escaso amor propio o dignidad.

—¡Lástima de mujer!

—¡Y que lo diga usted! ¡Cuántos hombres, y yo soy uno de ellos, no harían lo que ella

quisiera de sus vidas y de sus fortunas! Y muy a gusto. Que si la mujer es algo indispensable para nosotros, las de la categoría de lady Carlyle son algo más aún.

—¡No está usted poco enamorado de ella!

—Lo estoy. ¿A qué negarlo? Pero no soy tan necio para suponer que es una ilusión asequible. He hecho tarde.

—Ya es un consuelo.

No sólo eran los hombres los que así hablaban de lady Adriana, sino las mismas mujeres que habían tenido ocasión de tratarla. Presidente de varias instituciones benéficas, la esposa del diplomático gozaba de un prestigio inestimable desde las clases más modestas hasta las más ennobridas. En procurar la felicidad ajena hallaba lady Adriana la compensación de sus sinsabores domésticos.

Aparte de los socorros oficiales que prestaba a los necesitados, muchos eran los óbolos que repartía particularmente, y en varias casas su efigie, recortada de alguna revista, ocupaba el sitio de honor, en prueba de respeto y admiración.

Un día, con motivo de una fiesta en el magnífico campo de polo, se reunieron en un mismo palco adornado con los emblemas de la patria inglesa, lady Adriana, su esposo, y

lady Gilbert acompañada de su marido, un matrimonio excelente bajo todos conceptos.

Era lady Gilbert la dama más distinguida, por rango de nobleza, de la colonia británica de Bombay, y una gran simpatía la acercaba a la esposa del diplomático.

La amistad de ambas damas era delicada, propia de sus espíritus huecos de impurezas, sanos de prejuicios, abiertos únicamente a la clara luz de lo natural, enemigos acérrimos de los obstáculos hipócritas que tuercen las voluntades.

Raramente podía hallarse en otra mujer un criterio más elevado del papel que en el mundo está llamada a representar la mujer misma, que el de lady Gilbert.

Con razón su marido adoraba en ella, y daba ejemplo a los demás de fidelidad sincera a la fe jurada.

En el amplio campo se celebraba un reñidísimo partido de polo.

Briosos caballos de señoriales cuabras hincaban ufanos sus cascos en la tierra, con ojos de triunfo y agitadas crines.

Apuestos jinetes codiciaban la gloria.

La inquieta pelota rodaba locamente de un lugar a otro, hacia las metas de los respectivos equipos.

Uno de los altos caballeros destacaba del

conjunto, por su tipo, francamente viril y agradable, y por su maestría. Sus golpes, certeros y enérgicos, llamaban poderosamente la atención. Algunos viejos no recordaban haber visto en su ya larga vida un juego más científico y eficaz que el que desarrollaba el desconocido "équipier".

Pues era, el tal joven, ignorado en la ciudad.

¿De dónde llegaba? ¿Quién era?

Lady Gilbert no tendría dificultad en contestar a ambas preguntas, y tuvo que hacerlo cuando menos lo esperaba.

En efecto, lady Adriana, interesada por las brillantes manifestaciones de conocimiento del juego de polo hechas por el simpático joven, inquirió de su amiga datos del mismo.

—¿Le conoce usted? ¿Es de la localidad?

—No se imagina usted ni remotamente el halago que es para mí su pregunta, lady Adriana. Ese joven, ese notable "polista", es muy amigo mío. Le quiero y me quiere. Es un muchacho sumamente correcto, una excepción a toda prueba de los jóvenes de su edad.

—¿Ha dicho usted que se quieren ustedes?
¿Es acaso algún familiar?

—Indudablemente. Se trata de mi sobrino, Gerardo Andrews.

—¡Ah! ¡Qué casualidad! Como no le había visto jamás en su casa...

—Hace pocos días que está entre nosotros. Los jugadores de polo de aquí supieron que había sido capitán del equipo de Oxford y le obligaron a jugar en el partido de hoy. Menos mal que ganarán.

—¡Claro que sí! Si juega mejor que todos.

—Veo que le gusta a usted mucho el polo, lady.

—Los buenos jugadores, diga usted.

—Se lo presentaré luego.

Siguió el partido, y lady Adriana no perdía la menor jugada.

Hacia el final del mismo, un coche se detuvo junto a los palcos, y una dama elegantísima se apeó de él y fué a ocupar uno de los palcos vacíos.

Los ojos de la curiosidad pública contemplaron a la vistosa dama, en extremo intrigados.

El motivo de esa extrañeza era el misterio de que se veía rodeaba la personalidad de la recién llegada.

Algunos la conocían, dudando del verismo de su título, por el sobrenombre de la condesa de La Fontaine, bajo el cual se ocultaba una aventurera, que era a la sazón el *flirt* del diplomático sir Ricardo.

Antes de tomar asiento en el palco, la seudo Condesa volvió la cabeza de un lado a otro de las tribunas, y detuvo su mirada en sir Ricardo, que se inclinó con galanura para dirigirle un saludo.

Lady Adriana miró alternativamente a su esposo y a la Condesa, y le causó disgusto el comprobar que se conocían.

¿De qué?—preguntóse.

Su amiga lady Gilbert, mejor relacionada que ella porque su marido la acompañaba a todas partes, enteró a lady Adriana de lo que le interesaba saber.

—¿No la conoce usted? Es una señora de pésima reputación, que tiene el poder de hacer perder a ciertos maridos el poco seso de que disponen.

Lady Adriana volvió a mirar, furtivamente, a la Condesa, y se dió por convencida de sobra de las sospechas que delataba el rostro altivo e impasible de la aventurera.

¿Dónde la había conocido su esposo?—seguía preguntándose lady Adriana.

Afortunadamente, terminó en aquel momento el partido de polo, y, a una indicación de su tía, Gerardo fué a saludarla a su palco, desde la barandilla del campo.

Lady Adriana correspondió a las inevitables miradas del joven abiertamente, con esa

naturalidad propia de los buenos ante un objeto agradable, y lady Gilbert hizo la mutua presentación.

—Lady Carlyle... Mi sobrino Gerardo...

—Muy honrado, lady.

—Encantada, caballero.

Y siguió una animada plática.

—Lady Carlyle te felicita por tu habilidad en el juego de polo, Gerardo—dijo lady Gilbert—. Puedes estar satisfecho.

—Ese elogio es excesivo y sólo podía dedicármelo una dama tan amable como usted, lady. Pero en este juego no es el jugador quien merece los elogios, sino su caballo.

—Su modestia, señor Andrews, añade laureles a los que en buena lid ha alcanzado usted esta tarde en el campo.

Gerardo agradeció con inmensa satisfacción las alabanzas de tan bella dama, y al separarse de ella, para vestirse de calle, se la llevó grabada en la imaginación.

Durante su ausencia, lady Gilbert y lady Adriana continuaron hablando de él:

—Gerardo se embarca mañana para Damasco. Allí se unirá a una peregrinación cristiana que va a Tierra Santa.

—¿Con qué objeto, lady?

—Por un motivo muy serio. El mayor deseo de mi hermano, el obispo anglicano Pedro

Esworth, es el de que su sobrino Gerardo abra- ce la carrera eclesiástica.

—¿Y el señor Andrews se siente con la su- ficiente vocación para complacer a su tío?

—Por de pronto no se ha negado a su pri- mer ruego de que sea peregrino. ¿No cree us- ted que esa carrera es excelente?

—Todas las carreras son buenas, lady, quan- do hay fe.

Por la noche, se celebró una fiesta brillan- te en el palacio del diplomático sir Ricardo, como epílogo del partido de polo de la tarde.

La ocasión no se brindaba más favorable para invitar a la Condesa aventurera, cuya aparición en los salones de la regia morada suscitó los más diversos comentarios.

Como la mayoría de los invitados no les qui- taban ojo al diplomático y a su .. amiga, éstos fueron vistos cuando se aislaron en el jardín.

La indelicadeza de su marido, en su propia casa, por sus excesivas atenciones a una mu- jer mal conceptuada en la sociedad en que vi- vía, humilló a lady Adriana, tanto más quan- to se sabía que no escapaba a la intuición de nadie el ligero proceder del diplomático.

Por segunda vez en un caso crítico, Gerar- do se presentó en la fiesta, realizando su inma- ta simpatía su impecable elegancia dentro de su frac.

Como lady Adriana se llevara las manos a la frente cual si se sintiera acometida de re- pentina jaqueca, Gerardo se ofreció a acom- pañarla al jardín, para que la diera un poco el aire, y ella aceptó.



...Gerardo se presentó en la fiesta...

Hasta allí, sir Ricardo no se había presen- tado ante lady Adriana tal como era en rea- lidad.

Pero pronto se convencería la esposa de la pecaminosa conducta del marido.

Fué paseándose con Gerardo, hablando de

la poesía de la noche, de las flores, del polo y demás fruslerías, que lady Adriana, a la vuelta de un sendero, vió a su esposo galanteando con la aventurera.

Aquella escena la detuvo irremediamente, ante el mayor asombro de Gerardo.

Y hasta la humillada esposa llegó el eco de la culpa:

—Usted se dice un buen amigo mío, sir Ricardo, y, sin embargo, le falta valor para presentarme a su esposa... a sus amistades.

—No se impaciente usted, Condesa. Espere... Bien sabe usted que mi mayor deseo es complacerla. Pero conviene obrar con prudencia.

Gerardo hubo de sostener a lady Adriana, que dió unos pasos vacilantes, y la condujo al salón, donde la ficción se impuso a su amargura hasta el final de la fiesta. Gerardo no pudo quitarse del pensamiento a la infeliz esposa, y la comezón del reproche contra sir Ricardo y de la piedad hacia lady Adriana hizo presa en él.

Si lady Adriana hubiese sido soltera, esa piedad que alimentaba en su corazón Gerardo, hubiera podido llamarse amor; mas siendo casada, el pundonoroso joven no se atrevía a sincerarse consigo mismo. Es fruta sagrada, la del cercado ajeno.

Tan pronto quedó terminada la velada, lady Adriana llamó a su presencia, de ocultis de su esposo, al tímido secretario del mismo, Arturo Barry, que sentía por ella una admiración rayana en la idolatría, y le confió su decidido propósito de abandonar el hogar.

—Haga el favor de procurar que me reserven un camarote en el primer vapor que salga para Inglaterra.

—¿Se marchà usted, señora?

—Sí. Y no quiero que mi marido se entere de este viaje hasta que el vapor haya zarpa-do. ¿Puedo confiar en usted?

—Señora... Comprendo que un motivo poderoso la impulsa a tomar tan grave resolución... y como mucho me duele que no sea usted dichosa... haré lo que usted me mande.

—Gracias. Le deberé a usted un señalado favor.

Mientras el enamorado secretario se disponía a cumplir el deseo de lady Adriana, sir Ricardo, reuniéndose con ella en sus habitaciones, le dió las buenas noches, y añadió:

—Adriana, te agradeceré que en la lista de tus invitados para la comida de mañana, incluyas el nombre de la condesa de La Fontaine.

La sufrida esposa se rebeló, al fin, que la

resignación mejor templada también se quiebra, y contestó al indigno compañero:

—¿Que invite yo a esa... mujer? ¡Eso nun-



—Haga el favor de procurar que me reserven un camarote en el primer vapor que salga para Inglaterra.

ca! Ni la conozco... ni quiero conocerla. Es inútil fingir que estoy ciega, pues en tu corazón no cabe la noble intención que me guió a

tolerar tus devaneos. Lo acabo de ver ahora mismo. Esto es el complemento de lo que vi esta noche en el jardín. ¡Eres un farsante, Ricardo!

—¡No seas niña, Adriana!

—¡Basta! Estoy cansada de soportar tus humillaciones y no pienso aguantarlas más tiempo. Iré a Inglaterra y allí me divorciaré.

—¡¿Qué dices!! Tú no harás eso, ¿lo oyes? Un divorcio, Adriana, te excluiría de la sociedad y a mí me arruinaría políticamente. No te atreverás a dar ese paso.

—¿Que no? ¡Ya lo verás!

—Estás excitada esta noche, y cualquier decisión que ahora tomases, causaría nuestra desgracia. Espérate, y mañana, serenamente, discutiremos la cuestión.

Sir Ricardo no dió crédito a las amenazas que la víspera le hiciera su esposa, y ésta, al día siguiente, se alejaba, mar adentro, a bordo de un trasatlántico, hacia su patria.

Cuando el diplomático se enteró de la partida de su mujer, el mundo se desplomó a sus pies, y se resintió su orgullo de dominador.

El secretario fué quien le dió la desagradable noticia, obligado por sus preguntas, y, por

fortuna para el empleado, no se le ocurrió al perjudicado esposo reprocharle por su obediencia en un caso tan trascendental, sino censu-



—¡¡Qué!! Tú no harás eso, ¿lo oyes? Un divorcio, Adriana, te excluiría de la sociedad...

rar duramente la locura cometida por la fugitiva.

¿Cómo se justificaría delante de la socie-

dad? — decíase sir Ricardo, para quedar en buen terreno.

En tanto, el destino se mostraba afectuoso con lady Adriana y un buen amigo suyo.

Fácil es adivinar, después de conocerle como le conocemos, que ese amigo no era otro que Gerardo, el futuro sacerdote protestante. La casualidad los reunía en el mismo barco.

—¡Cómo! ¿Usted, lady? ¿Sola?

—Sola, no, señor Andrews. Viajo con mi ama de compañía.

—¿Y sir Ricardo, su esposo?

—¡Mi esposo! ¿No comprende usted, señor Andrews? ¿No estaba usted conmigo ayer en el jardín de mi casa? ¿No vió usted lo que yo vi?

—Lady... Me resistí a comprender... porque eso es tan enojoso...

—Mi conciencia está muy tranquila. He hecho lo que debía. Una mujer también debe hacerse respetar, aunque sea por las malas, cuando se agotan los buenos recursos.

—Nada más lejos de mi pensamiento que permitirme censurar lo más mínimo a su reconocida bondad.

—¿Está usted convencido de que soy... buena?

—No hay más que mirar sus ojos, que aun lloran, para creer en el dolor que usted experimenta por haber tenido que apelar a tan

grave recurso para proteger su legítimo orgullo de mujer y esposa. Y ¿a dónde va usted, lady?

—Me dirijo a Inglaterra. ¿Y usted?

—Yo dejaré este vapor en Port Said. Desde allí iré a Damasco, para unirme a los peregrinos ingleses que van a los Santos Lugares.

—Rece usted por mí a Dios para que me perdone el paso que estoy dispuesta a dar.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Divorciarme de sir Ricardo.

—¿Divorciarse? Yo, en su caso, lady, no tendría tanta prisa y lo pensaría con más sosiego. Un divorcio es siempre un escándalo.

—Lo sé... pero ¿qué otra solución me queda?

—¿Por qué no viene usted con nosotros a Jerusalén? Quizá la calma del desierto fuese un sedante para su espíritu.

—¿Usted me lo aconseja?

—De todo corazón, lady.

—Lo pensaré, señor Andrews.

La enérgica lección de su esposa fué tan dura para sir Ricardo, que sufrió un agudo ataque cardíaco que lo retuvo en cama, poniendo en peligro su vida.

A la vuelta de hondas reflexiones, el enfermo, temiendo a la muerte, dijo a su secretario en un momento de lucidez de su culpa:

—En un vapor rápido puede usted llegar a

tiempo a Port Said. Busque a mi esposa y ruéguele en mi nombre que venga con usted.

Más por amor a lady Adriana que por su misión a sir Ricardo, el secretario se embarcó aquella misma mañana.

Pasaron los días, y sobre las arenas candentes del desierto, la caravana a la que se habían unido los dos peregrinos, avanzaba lentamente hacia Damasco.

En un alto en el camino, Gerardo, que no dejaba un momento sola a lady Adriana, la dió ánimo para seguir adelante.

—Ya está cerca Damasco. Mírelo usted. Tan antiguo como... el amor.

Y lady Adriana repitió, turbada:

—Amor...

Y sus ojos se miraron y sus labios sonrieron.

El secretario de sir Ricardo llegó tarde a Port Said para poder dar alcance allí a lady Adriana, y enterado del nuevo rumbo que ella había tomado, cursó a su principal el siguiente cablegrama:

Lady Carlyle dejó el vapor en Port-Said y salió hacia desierto. Voy en su seguimiento.

Barry.

Y en Bombay, ya casi repuesto de su ataque, sir Ricardo, enterado de las noticias de su secretario, contestaba a los Gilbert que habían ido a visitarle:

—Adriana me ha teleografiado que volverá



—Adriana me ha teleografiado que volverá en seguida.

en seguida.

Sir Ricardo pensaba que así quedaba a salvo su fuero de hombre, mas se equivocaba, pues lady Gilbert sabía perfectamente que su amiga había abandonado a su esposo, por causas que no se ocultaban a su buen criterio.

Llegados que fueron a la ciudad de Damasco, que conserva el sabor oriental de “Las mil y una noches”, y en donde triunfa el prestigio religioso de sus mezquitas y sus minaretes, lady Adriana y su dama de compañía se instalaron en un coqueto piso amueblado, y Gerardo en otro.

Los europeos no podían circular por las calles sin ser rodeados de pedigüños asquerosos que mendigaban al compás de la cargante y típica cantinela: ¡Una limosna por Alá!

Para librarse de tan “insalubre” gente, Gerardo, que atravesaba la calle de su casa en la que sabía le esperaba lady Adriana, llevando en una mano para ella un ramo de flores naturales, hubo de arrojar al aire algunas monedas para que las recogieran los harapientos holgazanes.

Poco después, lady Adriana y Gerardo se estrechaban las manos con la mayor efusión.

Las flores son el regalo más delicado para una mujer, y le pareció a lady Adriana, que aspirando el perfume del *bouquet* que le ofrecía Gerardo, respiraba el aroma del amor.

Selim, el guía y criado que la suerte le depa-
 ró a Gerardo, era un mirlo entre la balumba de ladrones y ladronzuelos que el Oriente brinda al turista, y como le parecía que su amo y su ama se “buscaban”, esperaba, ha-

ciéndose el distraído por la habitación, que llegase el momento de las efusiones sentimentales, tal vez para aprender cómo se besaban



Las flores son el regalo más delicado para una mujer...

los europeos.

Ese momento tardaba en presentarse, a pesar de que la aproximación ya se acentuaba bastante.

Gerardo, que luchaba tenazmente contra la sentimental pasión que había nacido en su alma, por temor a herir la sensibilidad de la desdichada esposa, puso en juego la más discreta actitud, y dijo a lady Adriana, para conocer su estado de ánimo:

—Dentro de unos días, los peregrinos saldrán a través del desierto con rumbo a Jerusalén. ¿No quiere usted venir con nosotros, lady Adriana?

Ella calló, y apretujando entre sus manos una de las flores ofrendadas por Gerardo, apoyóse en el marco del balcón de la estancia y sus ojos se perdieron en el vacío.

Gerardo la contemplaba con unción, en el centro de la pieza, y Selim se preguntaba cómo acabaría todo aquello que estaba pidiendo a voces nada más que un arranque de energía.

En efecto, un amor romántico, amor ennoblecido por el silencio, iba acreando las almas de Gerardo y Adriana.

Desde lo alto de un minarete, frente a los enamorados, el sacerdote musulmán llamaba a la oración a los creyentes.

—Todos los que tenéis fe, venid y orad. ¡Bondadoso Alá, guíanos siempre por el buen camino!

Esos consejos detenían los ímpetus juveniles de los corazones conturbados, y la indecisión

era amarga como el dolor de un preso que llora por su libertad.

Selim, en buena hora, se acercó a Gerardo



...un amor romántico, amor ennoblecido por el silencio...

y le murmuró:

—Un sabio poeta de mi país, dice: “Amar y callar el amor es triste, como una canción sin terminar”.

Y el dique de la pasión se rompió sin remedio, y Gerardo, estrechando a su Adriana contra su palpitante pecho con toda su alma, exclamó:

—¡Adriana, te quiero como no he querido ni podré querer a ninguna mujer!

Vencida, Adriana suspiró:

—¡Y yo te amo, Gerardo, como creí que no se podía amar!

De nuevo, la voz del musulmán resonó en la calle:

—¡Venid y orad los que tenéis fe!

Gerardo quedó suspenso, mas Adriana supo ser fuerte para los dos.

—No hay pecado en nuestro amor, Gerardo—dijo—. Nos iremos los dos a Inglaterra hoy mismo. Yo me divorciaré y seré tu esposa ante Dios y ante los hombres.

Selim, que había dejado solos a los “palomos”, no sin antes ver cómo se juntaban el “piquito” por primera vez, volvió al poco rato para anunciar una visita.

—El señor obispo Eswort—dijo a Gerardo.

—¿Mi tío aquí?—preguntóse aquél, asombrado.

En verdad, él era, y no esperó a que se le contestase que podía pasar, creyendo encontrar solo a su sobrino.

Adriana no dió la menor importancia al he-

cho de haber sido sorprendida en casa de Gerardo por el obispo, pues nada tenía que reprochársele toda vez que le acababa de entregar



—*¡Y yo te amo, Gerardo, como creí que no se podía amar!*

a aquél su amor con la promesa de desligarse por completo del compromiso que la ataba al pasado.

Gerardo se adelantó a su tío y le abrazó con

cariño, a la par que el obispo, sonriendo, le decía:

—He guardado secreto sobre mis proyectos, porque quería sorprenderte aquí, muchacho.

—Sí que ha sido una sorpresa, tío.

El obispo, al reparar en Adriana le hizo una respetuosa reverencia, y celebró que ella iniciase el gesto de marcharse a su casa, para quedar a solas con su sobrino.

Gerardo acompañó hasta la puerta a su amada, disimulando la intranquilidad que se había apoderado de él, y aquélla, antes de partir, le dijo con todo su amor en los labios y en los ojos:

—No olvides que esta noche volveremos a atravesar el desierto en dirección a Port Said.

El obispo no comprendió el alcance de tales palabras, y no le habló de Adriana, para saber el motivo de su visita, sino que trató con él únicamente de la santa peregrinación a Jerusalén, demostrándole el gozo que experimentaba al emprender el viaje en su compañía.

Pero Gerardo, que prometiera a Adriana seguirla a Inglaterra reveló a su tío la verdad.

—Voy a hablarle con franqueza, tío. Yo no puedo formar parte de esa peregrinación. Esa mujer que aquí vió usted hace un momento, va a ser mi esposa.

—*¡Lo has pensado bien, Gerardo? Harto sa-*

bes que mucho me alegraría si tú siguieras mis trazas en mi carrera, pero no quiero ir contra tu inclinación. Lo que acabas de decirme es muy serio, y creo que habrás comparado las dos cosas, el amor humano y el amor a Dios, serenamente, con la conciencia limpia, y te habrás decidido por lo que más haya afectado a tu corazón, ¿no es verdad, Gerardo?

—Sí, tío. Amo a Adriana, y quiero vivir sólo para ella.

—Reconozco que es un egoísmo justo. Para eso Dios creó al hombre y a la mujer: para que se amasen. ¡Poco me esperaba yo, querido sobrino, gran enamorado, que debería emprender la peregrinación sin ti! Pero, en fin, todo sea por tu felicidad. ¿Y cuándo piensas casarte con esa señorita?

—Es señora, tío. Lady Adriana está casada. Ha de divorciarse de su marido para ser mi esposa.

—¿Qué es lo que dices, Gerardo? ¿Tú amas a una mujer que no es libre, y estás dispuesto a consentir en el divorcio de su esposo? Pero ¿qué ha sido de las ideas que yo te inculqué cuando estaba seguro que serías pastor como tus mayores? Gerardo, dime que no te has detenido un solo instante a reflexionar sobre este asunto. Dime que una falsa pasión material no ha envenenado la pureza de tus nobles

sentimientos religiosos. ¿No has pensado en lo que diría el mundo? ¿No comprendes que el hombre a quien arrebatarías su esposa sería tal vez un desgraciado por vuestra causa? No te exaltes, Gerardo. Por tu bien te hablo de esta manera. Mi voz no sabría mandar, sino implorar que se atienda a la luz de la razón.

Gerardo, confundido por las vehementes palabras del obispo, callaba, y de su silencio dedujo el eclesiástico que su sobrino no estaba condenado aún en el fuego de las egoístas pasiones humanas.

Mientras que Adriana, de regreso en su casa, mandaba a su dama de compañía, saltando de felicidad como una chiquilla, que preparara el equipaje para regresar a Port Said y embarcar allí hacia Inglaterra.

—¿Que nos marchamos, dice usted? Pero ¿a dónde, señora?—preguntó la extrañada mujer.

—¿A dónde? ¡A la Gloria!

—Por Dios, señora, ¿qué ocurre?

—¡Me ama, Renata, me ama! ¡Y yo le adoro!

—¿El señorito Gerardo es el afortunado? ¡Ah, señora! Yo siempre lo dije. Pero...

—¡Estoy en mi derecho al intentar salvar mi vida, Renata! Anda, date prisa. ¿Querrás seguirnos en nuestra luna de miel, no? ¿Quién

te había de decir que en tu simpática vejez ibas a conocer mundo?

—Yo seguiría a la señora donde ella qui-



—¿A dónde? ¡A la Gloria!

siera.

¡Cuán ajena de lo que iba a suceder estaba Adriana!

El castillo de sus ilusiones iba a derrumbarse dolorosamente al soplo de los consejos de

un hombre experimentado, con autoridad para hablar a las almas.

La inopinada llegada del tío de Gerardo a su casa, llenó de presentimientos a Adriana.

¿Qué le diría aquel sacerdote?

—¿A qué debo este gran honor, señor obispo?—preguntóle lo más serenamente posible.

—Ante todo le pido perdón por mi molesta presencia... y su ingrato motivo.

—Señor obispo, no le entiendo a usted. En una persona como usted, no caben la molestia ni la ingratitud.

—Síéntese, lady... y procure escucharme cual si le hablase su confesor.

—¿Le manda aquí Gerardo, señor obispo?

—Vine, por mí mismo, con la mejor intención del mundo.

—Hable usted, pues, señor obispo.

—Lady Carlyle, mi sobrino me lo ha contado todo y sé que nada censurable hay entre ustedes...; pero tengo motivos para creer que su marido la ama, y, en ese caso, hace usted mal en divorciarse de él para correr tras otro amor.

—¡Mi marido no me ama, señor obispo, ni yo puedo amarle! ¡Mi amor es de Gerardo, y no podré renunciar a él! ¡Sólo a su lado encontraré la felicidad de que siempre carecí!

—Salirse del camino recto es un error, la-

dy Carlyle. La felicidad también puede encontrarse en el sacrificio, hija mía... Piense usted que su deber está al lado de su marido, aunque las leyes de los hombres quieran negar este deber... Perdonando, crece usted a



—*¡Mi marido no me ama, señor obispo, ni yo puedo amarle!*

los ojos del culpable, aunque éste no lo demuestre, y halaga a Dios.

Además, el eclesiástico se extendió en consideraciones y ejemplos contundentes de la dicha íntima que produce la bondad de uno mismo, y Adriana, convencida, vertió por sus lin-

dos ojos las quemantes lágrimas de la renunciación... Sólo su dolor podía ser comparado al de la sublime amante que se llamó Margarita Gauthier, cuando el venerable padre de su ídolo Armando la imploró que le olvidase.

Satisfecho del excelente resultado conseguido a conciencia, en bien de ambos, según él, el obispo volvió al lado de Gerardo para llevarse consigo a la peregrinación.

En medio de su profunda aflicción, Adriana recibió otra visita, acaso más inesperada que la del tío de su amado.

Era el secretario de sir Ricardo, quien, después de investigar por la ciudad, daba, al fin, con la que buscaba.

—¿Usted aquí... en mi busca... y de su parte?

—Lady Adriana, estoy seguro que cuando sepa lo que ocurre, no se negará usted a venir conmigo. Me manda sir Ricardo, sí. El pobre tuvo un fuerte ataque hace varios días, y le ruega que vuelva usted a su lado.

Esta noticia remató los últimos escrúpulos de Adriana en regresar al hogar sin dicha, y respondió a Barry:

—Saldremos ahora mismo, en cuanto se prepare el equipaje. Téngalo todo dispuesto para la marcha.

A partir de aquel momento, Gerardo y Adriana no se volvieron a ver.

Fué mejor evitar la despedida.

Hubiese sido demasiado cruel el adiós al verdadero amor.

Pero Gerardo, prendado, por encima de todo, de Adriana, efectuó afanosamente, durante varios días, infructuosas pesquisas tras su pista, y, al fin, anonadado, se resignó a acompañar a los peregrinos a través del desierto.

Y el obispo, que no le abandonaba, aconsejábale, en sus momentos de desaliento, el consuelo de la oración para hallar el olvido de ese amor desgraciado que aun latía en su pecho.

*
* *

Lady Adriana volvió a su antiguo hogar. Su alma sufría la garra de un dolor agudo, pero sentía esa dulce serenidad que proporciona un gran sacrificio.

El recibimiento que le dispensó sir Ricardo fué frío, propio de un hombre a quien sus ideas de grandeza no permiten la más insignificante humillación. Con su sequedad quería el diplomático dejar sentado que no había mandado llamar por él a la esposa, sino por ella misma.

—¿De modo que has vuelto porque me si-

gues amando, a pesar de todo? Bien, mujer. No esperaba menos de ti.

—Te engañas, Ricardo, al suponer que te amo. No puedo amarte, porque en estos días de ausencia he sentido amor por otro hombre.

—¿Y te atreves a decírmelo a mí mismo? Entonces, si te alejaste de mi lado, no fué por lo que me diste a entender, sino por él..., por ese hombre, ¿no?

—Eres libre al pensar de mí lo que quieras; pero a mí me basta mi conciencia. Y como quiero que lo sepas todo, te diré que hubiera podido conseguir mi felicidad, pero sólo a costa de la tuya; y que he preferido sacrificarme y no separarme del camino recto.

—En una palabra, todo lo que me has dicho se resume a piedad, ¿no es eso? Así, con tu cara de santita, quieres, con la conmiseración, inferirme el ultraje del desdén. Dime ahora mismo quién es el hombre que tanto amor te ha inspirado.

—Estoy dispuesta a sacrificarte toda mi vida, pero nunca mis labios te descubrirán el nombre de ese hombre.

—¡Bah! Esta nube que por absurdos celos ha entenebrecido algún tiempo este hogar; se evaporará pronto, si tú te empeñas, y no du-

de que sabrás reconocer que tu propio interés va en ello.

Algún tiempo después, terminado el plazo



—Dime ahora mismo quién es el hombre que tanto amor te ha inspirado.

de su cargo en la India, sir Ricardo y su esposa regresaron a su hogar de Londres.

La vida del desavenido matrimonio era triste como una rosa marchita, y sólo un espíri-

tu tan entero como el de Adriana podía resignarse a aquella mortal monotonía.

Sir Ricardo, desde que su esposa, en un momento de irresistible deseo de vengarse de sus innúmeras y sufridas humillaciones, le revelara el secreto de su sincero amor hacia otro hombre, para negárselo en adelante a él con mayor motivo, era roído por el demonio de los celos, y una nube de sospechas absurdas lo envolvía constantemente. Su sufrimiento era atroz. ¡Qué mayor afrenta podía haber, para un hombre de su temple, que la de saber que su esposa había elevado en su corazón un santuario para cobijar el amor que la unía a otro hombre!

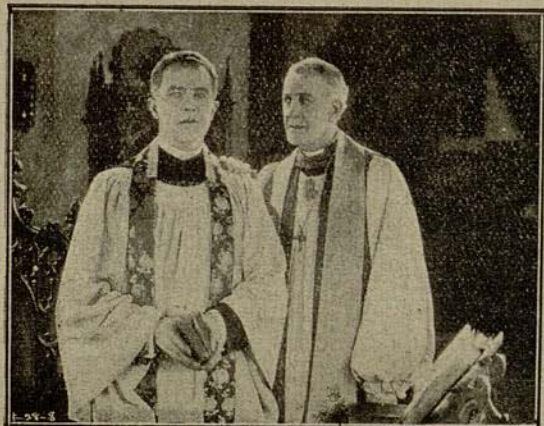
Malparada estaba aquella indiferencia de que antes hizo alarde el diplomático, cuando trataba a su mujer como a una esclava.

Su frialdad habíase trocado en despecho, que nada les importa, a ciertos hombres, la esposa, cuando saben que poseen todo su amor, y se gozan, sin pensar en la amargura de ella, en merodear por el cereado ajeno en busca de sensaciones nuevas...

También Gerardo, con su tío el obispo, se encontraba en Londres, recién nombrado pastor, y un día, en la iglesia protestante donde el segundo tenía su asiento episcopal, el pri-

mero se preparaba para pronunciar un sermón inaugural de su carrera.

—¡Ya estás cerca del triunfo, Gerardo! ¿No es verdad que el sacrificio te ha dado felicidad... y olvido?—le dijo cariñosamente el



—*¡Olvido, no! ¡Es el recuerdo de ese gran amor el que me ha dado fuerzas en mis momentos de desaliento!*

obispo.

Gerardo calló unos instantes, y luego, como si hablara consigo mismo, respondió:

—¡Olvido, no! ¡Es el recuerdo de ese gran

amor el que me ha dado fuerzas en mis momentos de desaliento.

La casualidad había puesto en las manos de Adriana un periódico, y sus ojos se posaron en un anuncio religioso que hizo latir con inusitada violencia su pobre corazón.

—¡El aquí! — exclamó—. ¡He de verle! ¡Quiero verle!

El mentado anuncio se refería al primer sermón de Gerardo, indicando la iglesia donde se pronunciaría.

El templo se llenó de feligreses, y entre éstos se contaba Adriana.

Gerardo, todo a su sermón, sin ínfulas ni buseamiento de frases sonoras, habló a los oyentes.

Su oratoria, clara, sencilla y poética, cautivó desde el primer momento.

Desarrolló el tema, tan conocido para él, del amor divino y el amor humano.

Era la historia de su vida, el dolor de su juventud, todo ello con mezcla de lágrimas.

Estuvo elocuentísimo. Estableció comparaciones hermosísimas, y no hubo mujer que no llorase.

Ciertamente, Gerardo merecía todos los elogios por su triunfo de debutante.

Su tío, con ojos humedecidos por el desahogo de su emoción, le estrechó la mano temblan-

do de compasión, en el gabinete de trabajo que el nuevo pastor tenía reservado en el edificio de la iglesia.

—Bien, Gerardo, bien... Tu sermón ha sido muy brillante. Pero... sufres demasiado... re-



—*Bien, Gerardo, bien... Tu sermón ha sido muy brillante. Pero... sufres demasiado...*

cuerdas con exceso... Que Dios haga más que nosotros, hijo mío.

Muchos fueron los admiradores de Gerardo que le felicitaron por su inmejorable presentación en la iglesia, pero aun no le había tocado el turno al último.

Este era Adriana, que, oculta en las sombras del templo, esperaba el momento propicio para entrevistarse en secreto con Gerardo.

De pronto se abrió la puerta del aposento del pastor, y apoyada en su marco apareció ante él la mujer que siempre amó.

—¡Tú, Adriana!—exclamó Gerardo, haciendo además de recibirla en sus brazos.

Mas se contuvo en el acto. Aquello ya pasó. Aquello no debía volver. Por sus hábitos, debía aconsejar el bien; jamás ayudar al error.

Adriana acercóse lenta y tristemente a su único amor, y murmuró, llorando sin cesar:

—Gerardo, he escuchado tu sermón, y las palabras que has pronunciado me dan ánimos para pedirte que me ayudes con tus consejos espirituales.

—Adriana, mi buena samaritana, que en el oasis de mi vida pusiste la más dulce y alegre nota, ten valor. Sufrimos horriblemente los dos, pero sufrimos por el bien ajeno, por el ejemplo, por la virtud.

—Sí, Gerardo... Nuestra misión es penar... Así desde mi adolescencia...

—Ve, Adriana... En el calvario de tu vida aun puedes encontrar el sol de la dicha. Dios es misericordioso.

Adriana contrajo el rostro, apretó los dientes y frunció el ceño para contener una ex-

plosión de amargura que asomaba a sus ojos, y con pasos vacilantes salió del santo lugar.

*
* * *

Cuando Adriana llegó a su casa, sir Ricardo la esperaba con el alma henchida de sospechas.

—¿De dónde vienes?—le preguntó.

—He estado en la iglesia de Bayswater.

—Ya lo sabía... Pero la función religiosa terminó ya hace rato... ¿Dónde has estado después?

—En la misma iglesia, hablando con el sacerdote, para pedirle consejos espirituales.

—¡Consejos espirituales! ¡Eso es una ridícula mentira que has inventado por el camino!

—No tengo por qué mentir. Es verdad lo que te he dicho. Dios lo sabe, y tus absurdas dudas no pueden hacer mella en mí.

No convencido de la autenticidad de las manifestaciones de su esposa, sir Ricardo llamó a un criado y le ordenó:

—Vaya a ver al sacerdote de la iglesia de Bayswater y dígale que tenga la bondad de venir aquí mañana por la mañana.

—Bien, señor.

—Hágale creer que es lady Carlyle la que lo envía a buscar.

El mandado cumplió la indicación del diplo-



—He estado en la iglesia de Bayswater.

mático, y en vista del llamamiento urgente de Adriana, al día siguiente se presentó el joven sacerdote, intrigado, en el domicilio de sir Ricardo.

Adriana no se explicaba el motivo de la

visita de Gerardo, cuando su ama de compañía le anunció su llegada, y se apresuró, tratando de ocultar su emoción, a salir a recibirle.

Pero Adriana vió a sir Ricardo hablando a solas con él, como era su deseo, y se detuvo y escuchó con asombro:

—Tengo razones para creer que mi esposa le confesó ayer un pecado que afecta a mi honor.

—¡Caballero!

—Ya sé que ustedes no pueden quebrantar un secreto de confesión..., pero yo necesito saber cuál es ese pecado.

Adriana, antes de que Gerardo pudiera contestar a la exigencia de sir Ricardo como él entendía que se merecía, apareció ante ellos, y dijo al pastor, al que fingió no conocer como le conocía:

—No se moleste, Reverendo. Yo misma voy a confesar ante mi marido el *gran pecado* de mi vida.

Y con voz segura, Adriana reveló su secreto:

—Confieso con la cabeza alta lo que muchas mujeres no podrían confesar sin bajar la vista... Confieso que amé a otro hombre y que tuve valor para sacrificar mi amor en el altar de mi deber.

—¡Eso es una gran mentira!—profirió sir Ricardo, rechazando a su esposa.

—¡Caballero, no consentiré que en mi pre-



—Confieso que amé a otro hombre y que tuve valor para sacrificar mi amor en el altar de mi deber.

sencia humille usted a lady Carlyle!—intervino severamente Gerardo.

Sir Ricardo se recobró en el acto, y le presentó sus excusas por aquella escena.

Luego, a solas el matrimonio, sir Ricardo preguntó, sospechando del mismo:

—Adriana, ¿conocías tú de antes a ese sacerdote?

—No le conocí nunca—afirmó ella.

Pero la rápida contestación de Adriana a su trascendental pregunta, no agradó a sir Ricardo.

Pasaron unos días, durante los cuales el diplomático sufrió algún ataque, presintiendo que su fin estaba al caer.

El deseo de venganza que le sostenía en su lucha contra la muerte, imbuyó al diplomático la idea de hacer una prueba con su esposa y el pastor, y envió a éste la siguiente carta:

Reverendo Gerardo Andrews

Distinguido señor:

Mi esposa y yo nos consideraremos muy honrados si acepta usted venir esta noche a comer con nosotros.

Ricardo Carlyle

Gerardo mostró la invitación a su tío, y le dijo, viendo la mueca que éste hacía:

—No puedo rehusar. Después de lo ocurrido el otro día, tengo motivos para suponer que algo extraño en esa casa ocurre.

Aquella misma tarde, sir Ricardo había recibido esta importante carta:

Agencia Argos

Sir Ricardo Carlyle

Muy señor nuestro:

Practicadas las pesquisas que usted nos encomendó, tenemos el agrado de notificarle que lady Carlyle conoció al Revdo. Andrews en Bombay y después visitó con él la ciudad de Damasco.

Suyo affmo.

*P. Brown
Director*

—¡Ya son míos!—masculló el presuntuoso diplomático.

Llegó la noche.

La comida íntima transecurrió sin el menor incidente.

Adriana no estaba tranquila, y tampoco Gerardo veía claro el motivo de la deferencia de sir Ricardo al sentarle a su mesa.

El diplomático, por su parte, aparentaba un estado de ánimo completamente normal, y se excedía en atenciones a su invitado.—

Después de la comida, lady Adriana y Gerardo pasaron a la biblioteca, seguidos a poco

de sir Ricardo, que se rezagó un tanto en el comedor para encargar a su criado que sirviese el café en la biblioteca y cerrase después con llave, como le había dicho antes.

Hacia aquella hora, el obispo recibía una carta de sir Ricardo concebida en los siguientes términos:

Le suplico que a las diez de la noche tenga la bondad de presentarse en mi casa con el personal de esa iglesia, pues se trata de algo muy interesante referente al Rvdo. Andrews.

Ricardo Carlyle

—¿Qué pretende ese hombre? — díjose el obispo.

Y como él sabía que Gerardo no podía ser culpado de nada grave, el eclesiástico decidió atender el ruego del diplomático.

En tanto, en la biblioteca de la casa de sir Ricardo, la situación de los tres seres que en ella había, era penosa.

La conversación era forzada y espaciada.

Hablaban más los ojos que los labios.

Todo indicaba a Adriana que su marido le preparaba una sorpresa, y su turbación era manifiesta.

—¡Qué pálida estás, Adriana! — se gozó en decirle sir Ricardo.

—¿Se encuentra usted indispuesta, lady?—
inquirió atentamente de ella el pastor.

—No es nada—prosiguió sir Ricardo, impidiendo a su mujer que hablase—. La juventud es resistente. Aun disfrutará de muchos años de vida después de mi muerte.

—Por Dios, Ricardo...

—*Por lo menos, es lo natural...* ¿No ha oído usted decir, Reverendo, que me queda muy poco tiempo de vida?

—Me duele la cabeza, Ricardo, y si te empeñas en hablar de tan desagradable manera, prefiero que el Reverendo me disculpe, y me retire...

—Como gustes, hija... ¿Qué, no puedes salir, verdad?

—¿Está cerrado?

—Sí, Adriana, está cerrado... Yo he hecho cerrar.

—Llamaré a los criados para que abran.

—No te molestes. Los criados tienen orden de ser sordos para todo lo que ocurra en esta habitación.

Gerardo se puso a la expectativa, extraordinariamente agitado.

Adriana, medrosa, se encaró con su marido y exigió una satisfacción.

—¿Puedes explicarme los motivos de tu extraña conducta?

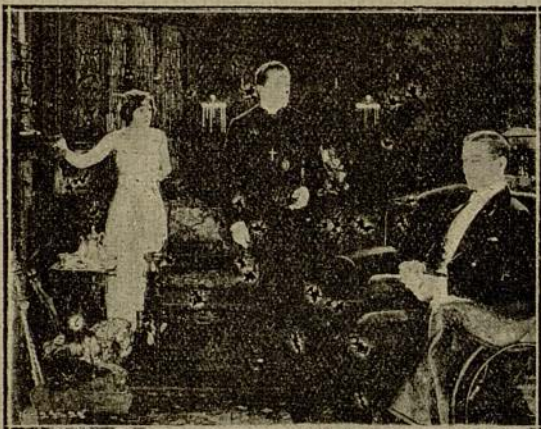
—Muy sencillo. Sé que estoy condenado a

muerte, y he pensado que sería más agradable no morir solo.

—Pero ¿qué locuras estás diciendo?

Y Gerardo:

—Sir Ricardo, ¿qué significa este misterio?



—Sir Ricardo, ¿qué significa este misterio?

—Si dejase a mi esposa en el mundo, pronto encontraría consuelo en los brazos de otro hombre. Es la ley natural... No me miren ustedes así. No estoy loco. ¡Ja, ja, ja! ¡No están ustedes poco asustados!... ¿Cómo iban ustedes

a pensar que la muerte podía ocultarse en este líquido inocente, verdad?

—¿Cómo?...

—También el Reverendo Andrews ha bebido de este delicioso moka envenenado...



—¡Adriana!... ¡Mi Adriana!

—¡Envenenado!! ¿Nos has envenenado? Adriana se sintió desfallecer.

De súbito, movido por una fuerza oculta, Gerardo tendió afanoso sus brazos a Adriana, y ella, con el alma entera, abandonóse en ellos.

—¡Adriana!... ¡Mi Adriana!—exclamó el joven pastor.

Entonces sir Ricardo, sarcástico, reveló su plan.

—Vamos, veo que no me había equivocado. Esto ha sido únicamente una trampa para arrancar la verdad de ustedes dos por un grito del instinto, como ese que acaba usted de dar, Reverendo Andrews. No había veneno en el café, sino una droga inofensiva... porque ni aun moribundo tengo valor para ser asesino.

—¿Por qué has hecho eso, Ricardo? ¡Tú no sabes lo que has hecho!

—Esto ha terminado, hija mía. No se burló nunca nadie de un Carlyle.

Gerardo iba a intervenir, mas en aquel preciso instante se abrió la puerta de la biblioteca y un criado anunciaba:

—Los caballeros que ha hecho venir el señor, están aquí.

—Dentro de un rato los llamaré—respondió sir Ricardo. Y luego dijo, mordaz, a Gerardo:

—Hice llamar a los caballeros de su iglesia para demostrarles hasta dónde llega su hipocresía...

Ante lo cual Adriana, empujándole hacia la puerta, aconsejó a Gerardo:

—¡Ve a decirles la verdad, Gerardo! ¡Ve

a decirles que nuestro amor fué puro amor del espíritu, jamás manchado por la grosería de la materia!

Sir Ricardo se incorporó a medias, automáticamente, al oír esta declaración de su esposa, que rechazaba sus dudas de culpa material, en la que él creyera siempre, desde aquella fecha de disgustos sin fin, y, presa de un decisivo ataque cardíaco, balbució:

—No..., no se llame a nadie. Es tarde ya... me muero...

Olvidándolo todo en aras de la más santa nobleza, Adriana acudió en auxilio del enfermo, mas todo era ya, en efecto, inútil.

Sintiéndose apagarse por momentos, sir Ricardo, arrepentido, gimió:

—¡La oscuridad! ¡Ya está aquí la oscuridad!... ¡Ayúdeme, Reverendo Andrews... no estoy preparado para bien morir!

Gerardo aportó al moribundo el consuelo de sus palabras, y el obispo lo descargó de sus culpas en la confesión...

Sir Ricardo pasó una noche de horribles sufrimientos, y en la calma del amanecer, cuando ya nada podía esperarse del enfermo agonizante, el alma del que vivió siempre en el error quiso dignificarse.

—Adriana..., perdóname. No supe hacerte

feliz... Que al lado de *él* encuentres la dicha que mereces...

Y juntando las manos de los que se amaron sin manchar su amor, sir Ricardo dejó de existir.

Y llegó un día en que se desvanecieron las sombras y todas las promesas de felicidad fueron cumplidas, casándose Adriana con Gerardo, que sólo vivió para ella.

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

NÚMEROS PUBLICADOS

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El Valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre, 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, 3 edic. 10, El Hábito, 3 edic. 11, Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La Tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17, La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22, Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24, La desconocida, 3 edic. 25, Robín de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda, 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28, Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frivolas, 3 edic. 35, Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37, Directo de París, 3 edic. 38, Lo que vale una mujer 3 edic. 39, El Valle de los Gigantes, 3 edic. 40 La sombra del padre, 3 edic. 41, Mada me Morland, (extra)-3 edic. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44,

Veintitrés horas y media de permiso, 3 *edic.* 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 *edic.* 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra). 2 *edic.* 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 *edic.* 54, No me olvides, 2 *edic.* 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 *edic.* 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 *edic.* 58, La Bohème, (extra). 3 *edic.* 59, ¡Pobre Violeta! 60, Realidades de la vida. 61, ¡Estaba escrito! 62, Las dos huérfanas, 4 *edic.* 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura, (extra). 3 *edic.* NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pequeña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fair. 68, El Secreto del Polichinela (extra). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra). 75, Relámpago. 76, La Dolorés. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del Destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa en la Selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERÁ). 103, En busca de

la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de Rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El Nido de Amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El Ladrón de Bagdad, (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La dama de las Camelias. 121, El Murciélagu. 122, El sargento O'Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia, 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127, El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan..., (extra). 135, Una flor del camino. 136, La Carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo, (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del Deseo, (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia, la Magnífica. 148, ¡Cuidado, solteros! 149, El pequeño Robinson, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la Humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una Dama enmascarada. 157, ¡Mi tío! 158, La Venus de Montmartre. 159, El Aventurero. 160, La gota de sangre (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes (extra).

POSTAL - FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Mil on Sills. 61, Margarit Livingsgron. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Snub» Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fair-

banks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas MacLean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Morman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERÁ, (especial). 103, Mildred Harry. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 105, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 103, Elliot Dexter. 107, Geraldine Farrar. 110, Gareth Hughes. 111, Katherine MacDonald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mari. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritz Ridgeway. 120, George Hackathorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Billie Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm MacGregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, Léon Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O'Nilsson. 142, Henri Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Genevieve Félix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al Sto. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O'Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Charles Jones. 59, Hella Moja. 160, Clide Cook. 161, Baby-Peggy. 161, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor.

Le recomendamos la lectura del 14.º
libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

VENGANZA DE MUJER

por la bellísima artista

NORMA TALMADGE

secundada por los simpáticos artistas

JACK MULHALL, EILEEN PERCY, LEW
CODY, LIONEL BELMORE, etc.

Exclusiva especial GAUMONT

Preciosa novela de amor y odio

Portada a bicolor — 128 páginas — Profu-
sión de ilustraciones fotográficas.

Precio popular: : : UNA PESETA

LEA USTED

las interesantes aventuras de un Don
Juan norteamericano

EL LADRÓN DE CORAZONES

8.º libro de la

Colección de Obras Maestras

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Es una presentación del CIEC

Interpretación de

LEW CODY, ELINOR FAIR,
BETTY BLYTHE, LLOYD HAMIL-
TON, GERTRUDE ASTOR, etc.

Portada a tricromía -- 112 páginas
Numerosas fotografías.

Precio popular: UNA PESETA

COMPRE LISTED MAÑANA
el número 3 de la original publicación de
Biografías de Artistas de la Pantalla

**LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía de la célebre estrella
LILLIAN GISH

Interesantes datos y fotografías
Regalo de una postal

Los dos números ya publicados de
esta interesante Novela son:

Número 1, Biografía de
ALICE TERRY

Número 2, Biografía de
RODOLFO VALENTINO